



CANCIÓN SIN PALABRAS

Una canción... ¡sin palabras! ¿Será una alucinación? No, y precisamente es para tí, joven, que escribo ésto, porque sé que tu pecho siempre está predispuerto a la sana alegría, a la canción.

¿Has comprometido tu corazón? Si en serio no, por lo menos dentro de tu hirviente cabeza, ha surgido una figurilla alegre y graciosa, vivaracha, que te sonríe, que te anima, que pone sus rasgados ojos en tí; y tú, abstraído, sin poner atención en tu trabajo, estás como atontado, siguiendo tu fantasía que va desbocada por lo intrínseco de tu interior, te atreves a cantar, entornando los ojos para ver donde no hay nada, (una canción), poniendo más música que palabras.

Diriges tu canto a aquella que tú llamas «tu amor» y «sueñas» un rato... despierto. De pronto reaccionas, y después te sabe mal que no haya seguido el... «sueño». Te creías feliz.

¿Verdad que ésto te suele ocurrir? ¿Y costaría mucho divinizar la fantasía? Joven, te llamas cristiano y crees en un Dios al que, sin duda, amas. El es tu Amor, y ¿te costaría mucho cantarle aunque fuera sin palabras? No!, no cuesta. Sal fuera; contempla la naturaleza; el cielo por la noche, la tierra a la luz meridiana ¡contempla bien, muy bien, abre tu corazón de joven! y verás como de lo más profundo sale una y otra canción que tú no sabes que palabras poner, pero que comprendes que es un poema de amor hacia Aquel que te dió, no una cosa imaginaria, como la figurilla de tus ensueños, sino toda una obra imperecedera de hermosura y belleza.

¿Verdad que lo primero es cierto? Pues no es menos cierto que también se puede realizar lo otro sin más resorte que un encendido amor a Cristo y una férrea voluntad de hombre.

Haz ésto y habrás rezado con una fé robusta digna de aquel que tiene veinte abriles.

J. PRATS